



Vol. 6, No. 2, Winter 2009, 332-339

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Ana Guglielmucci, *Memorias Desveladas. Prácticas y representaciones colectivas del encierro por razones políticas*. Buenos Aires: Tientos Editora, 2007.

Dar la vida y la muerte: los años 70 y una antropología de la militancia política

Julieta Quirós

PPGAS/Museu Nacional/Universidade Federal do Rio de Janeiro

Dar la vida y la muerte, probablemente las palabras que mejor expresan la intensidad de las experiencias políticas que Ana Guglielmucci, antropóloga argentina, reconstruye en *Memorias desveladas. Prácticas y representaciones colectivas del encierro por razones políticas*. Una intensidad que no deja de asombrar a la propia autora, y a todos aquellos a los que—como a ella—la generación de los 70 nos resulta un fenómeno propio y ajeno al mismo tiempo: ajeno, porque en la medida que no pertenecemos a esa generación, sus dilemas, sus horizontes, y sus opciones políticas nos producen extrañamiento; propio, a la vez, porque la generación de los 70 nos es

cercana, familiar: se trata, al fin y al cabo, de la generación de nuestros padres. En este sentido, la inquietud epistemológica y política que lleva a Ana Guglielmucci a interesarse por el terrorismo de Estado instaurado por la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983), es también una inquietud generacional: los interrogantes que inquietan a la autora expresan los interrogantes de una generación—nacida en años los 70—a aquella otra que, a través de la lucha armada, protagonizó los 70. Cómo se animaron, cómo lo hicieron, qué pensaban, qué sentían: preguntas generacionales, y también, preguntas antropológicas, a las que la autora busca respuestas antropológicas, recuperando la voz y la perspectiva de aquellos que dieron cuerpo y alma a la política revolucionaria de los 70.

Es este enlace, entre asombro generacional y asombro antropológico, aquello que Guglielmucci explota con sagacidad, desplegando un análisis que no sólo nos invita a reflexionar sobre una de las décadas más disruptivas de la historia moderna de Argentina y, en esa línea, sobre los procesos insurreccionales en América Latina en general, sino que ilumina también dimensiones centrales, y en general poco exploradas, de la militancia—de ayer y de hoy—en tanto hecho social y sociológico. En *Memorias desveladas*, las preguntas al pasado se tornan respuestas al presente.

Del universo de militantes que fue blanco del plan de exterminio implementado por la última dictadura, Guglielmucci pone la mirada en un grupo particular: el de los *presos políticos*, categoría poco visibilizada por el discurso hegemónico de los organismos de derechos humanos y del Estado, como por la vasta literatura histórica y sociológica sobre terrorismo de Estado. Invisibilización que, como sugiere la autora, no parece explicarse por una cuestión de magnitud—durante la última dictadura militar hubo más de 10.000 presos políticos—como por el hecho de que el destino de estas personas fue, en términos relativos, menos bárbaro que el de *desaparecidos* y *detenidos-desaparecidos*. Otra cifra sorprende al lector: de la totalidad de presos por razones políticas, 1.200 fueron mujeres, cifra que hizo trepar, en 1976, la población carcelaria femenina del 5 % al 19,3%. Es sobre algunas de estas experiencias femeninas, y sobre una pertenencia particular—la de las *presas políticas*—que Guglielmucci va a centrar su investigación. Valiéndose de la entrevista en profundidad como herramienta, la autora emprende un recorrido del presente al pasado, y

bucea en la memoria de sus interlocutoras, memorias subterráneas que, por diversas circunstancias socio-históricas, no cristalizaron como parte de la Memoria (hegemónica) sobre la Dictadura.

El camino analítico que Guglielmucci emprende sobre el material de entrevista nos permite, por un lado, reconstruir en su dimensión vivida hechos y detalles históricos—muchos de ellos desconocidos—sobre el plan de exterminio de la llamada *subversión*; por otro, nos permite ver a esas mujeres hoy, reconstruyendo su visión de mundo, su forma de percibir y entender las cosas en el pasado, y de dar sentido a su militancia. El libro nos muestra, así, que esas “memorias” no son discursos que están allí, prefigurados de antemano, sino sentidos que se construyen en la propia instancia de la entrevista, en el vínculo con la investigadora, en las preguntas formuladas y, como bien subraya Guglielmucci, en y a partir del momento histórico en que las entrevistas son realizadas (1997-2001), un momento en que la dictadura está lejos de pertenecer al pasado: al igual que ahora, hablar o no hablar sobre los 70, qué y cómo hablar, son actos políticos, posicionamientos, con efectos de poder concretos, con riesgos y peligros concretos—algunas entrevistadas, de hecho, solicitaron a la autora no ser mencionadas en el libro, ni siquiera con nombres ficticios. Guglielmucci procede analíticamente sin perder de vista este principio fundamental: la palabra de nuestros interlocutores debe ser inscripta e interpretada en relación al contexto en que es proferida.

En esta dirección, la voz de las *presas políticas*, socialmente situada, política y estratégicamente producida, es desplegada a lo largo del texto en todas sus contradicciones: los sentidos que estas mujeres atribuyen a su militancia están atravesados por la convicción y también por la pregunta: auto-preguntas con y sin respuestas, preguntas del presente al pasado, preguntas formuladas en el propio pasado—aunque no necesariamente enunciadas en ese entonces—, preguntas que todavía hoy no pueden ser puestas en palabras. Es esta apuesta por la interrogación aquello que torna al análisis de Guglielmucci en una propuesta innovadora en el campo de estudios sobre el tema: en *Memorias desveladas*, “guerra”, “revolución”, “lucha armada”, “traición”, “caída”, “victoria”, “derrota”, no son términos que explican, sino precisamente aquello que debe ser explicado.

Así, Guglielmucci indaga en el capítulo I el proceso histórico a través del cual la vía revolucionaria pasa a formar parte del horizonte de los posibles de sus interlocutoras. Y *posible* quiere decir, también, *válido*: la autora busca reconstruir las condiciones sociales que permitieron que la lucha revolucionaria pasara a ser percibida, por una parte de la población, como una alternativa legítima para la transformación política y social. Para ello, se remonta a las experiencias políticas tempranas de estas mujeres, incluyendo las de su entorno familiar: sus padres, tíos, y hermanos. Allí aparece entonces el antagonismo peronismo/anti-peronismo como el eje sobre el que discurría la vida política argentina: la generación de los 70, argumenta la autora, nace y crece en una práctica polarizada, antagonista, y persecutoria de la política.

Vale la pena destacar la estrategia narrativa con que los hitos de este proceso de polarización son presentados: la autora incorpora datos históricos y documentales en la medida en que lo requiere el propio relato de sus entrevistadas, y aquello que ellas indican como revelador. La historia de *Memorias desveladas* es, sobre todo, historia vivida e incorporada. La pérdida del empleo, la cárcel, el exilio, el asesinato, la militarización de la vida cotidiana, son todas experiencias que atraviesan estas mujeres y sus familias desde el primer peronismo en adelante; experiencias que, como indica Guglielmucci, son percibidas como consecuencias inevitables de la toma de posición dentro de las dicotomías del campo político. La persecución de la disidencia por parte de los gobiernos peronistas primero, el derrocamiento de Perón en 1955 y la proscripción del peronismo después, la alternancia de gobiernos militares de facto y gobiernos civiles electos sin legitimidad—el peronismo no podía presentarse a elecciones—, no sólo fueron debilitando la creencia en la democracia y fortaleciendo la creencia en la revolución sino, también, nutriendo la certeza de que, en esas condiciones, la violencia política no era violencia: era, sencillamente, justicia.

Ejercitando una vez más el asombro antropológico, Guglielmucci llama la atención sobre un hecho fundamental: en ese contexto, sus interlocutoras vivieron el ingreso a organizaciones armadas no como una ruptura o como un hito en sus trayectorias, sino como un paso natural dentro del proceso general de radicalización política. La autora

señala además que en casi todos los relatos esa entrada aparece asociada a un deber moral, a aquello que, simplemente, *había que hacer*. Esta dimensión moral involucrada en la militancia política da cuerpo al segundo capítulo del libro. Aquí la autora se interroga, específicamente, por el *cómo* se sustentó la entrega—de la vida y de la muerte—requerida por la lucha revolucionaria. Se trata sin duda de uno de los capítulos nodales del trabajo, no sólo porque ilumina, por caminos novedosos, la experiencia política de los 70, sino porque hace de la obra un aporte fundamental a la sociología de la militancia en un sentido amplio.

Si la pregunta por la entrega de sí atraviesa buena parte de los estudios sobre la militancia de los 70, considero que el tipo de respuestas que busca Guglielmucci rompe en un aspecto esencial con las dadas hasta el momento. Mientras la literatura tiende a dar cuenta de la *entrega* apelando a fundamentos de orden ‘ideológico’—esto es, el compromiso político suele ser explicado en la creencia compartida, en la adhesión a un cuerpo común de ideas y, derivado de ello, a un proyecto político—, Guglielmucci presume que hay otras dimensiones que merecen ser exploradas. *Memorias desveladas* nos muestra que las organizaciones revolucionarias no fueron solamente comunidades ideológicas: fueron también comunidades sociológicas. A través de las entrevistas, la autora emprende un análisis de la vida-en-la-organización, esto es, de la militancia en su dimensión cotidiana, microscópica, y relacional. Desde esta perspectiva, nos muestra que ser miembro de una *orga* no era—y diríamos, no es—solamente adherir a un cuerpo de ideas y a un proyecto revolucionario; es, sobre todo, ser parte de una figuración de lazos y relaciones de interdependencia, donde el universo de la política y el universo de los afectos, donde lo público y lo privado, funden sus fronteras; es, sobre todo, ser parte de un colectivo de pertenencia por donde pasa el sentido de la vida y la constitución de cada uno como persona.

Dar la vida por la lucha revolucionaria significaba, entonces, dar el tiempo de todos los días a las necesidades de la organización, adecuar actividades y obligaciones—trabajo, cuidado de los hijos, relaciones sociales y afectivas—a los requerimientos de la militancia, estar dispuesto a asumir tareas de riesgo. Como afirma Guglielmucci, el hacer era la prueba de la creencia-en (la revolución) y, por tanto, de la

pertenencia a ese colectivo. Cada gesto, cada acción, daba crédito—o no—a cada militante, medía públicamente su compromiso, al tiempo que actualizaba el peligro, siempre presente, de ser acusado de *pequeño-burgués*, de *cobarde*, o de *traidor*. La *orga* era así una entidad corporizada en cada *compañero*, en la mirada y el juicio de ese otro a quien se valora, cuya opinión importa, de quien se espera confianza, aprobación, reconocimiento, y sentimientos de afecto. “Era peor sentirte un cobarde o un traidor a que te maten en combate”—relata una de las interlocutoras de Guglielmucci (40). En la medida en que la *organización* y los *compañeros* constituían el espacio social donde cada individuo organizaba su subjetividad y su valor como persona, la entrega era efectivamente una cuestión de vida, esto es, de existencia social.

Esto no quiere decir, sin embargo, que el compromiso no estuviera amenazado por la duda. A lo largo del libro, Guglielmucci rompe con las visiones monolíticas de la militancia revolucionaria y muestra a estas mujeres reconstruyendo los dilemas, las incertidumbres y vacilaciones que las atravesaban entonces. Las tensiones entre el querer y el deber, entre los sentimientos personales y el sacrificio por la organización, atraviesan sus relatos y se ven profundizadas a lo largo de dos clivajes que la autora identifica en la trayectoria política de sus entrevistadas: la clandestinización de la militancia revolucionaria, primero, y la militarización después. Una vez más, ambos procesos y sus implicancias son indagados por Guglielmucci en su dimensión vivida: tener que ocultarse, huir de casa en casa, mudarse de ciudad, circular con documento falso, inventar (y memorizar) otra vida pública, reducir al mínimo el contacto con los compañeros, lidiar con el desconocimiento, el desconcierto, el aislamiento, y la eventualidad de poner en peligro a otros—amigos, conocidos, parientes, para quienes el mero contacto con un militante clandestinizado se había tornado una amenaza a la propia vida.

Un tercer clivaje en la militancia revolucionaria es reservado al capítulo III: el momento de la *caída*, es decir, de la detención de las mujeres por las fuerzas represivas—momento que es percibido por todas ellas como una ruptura en su vida política y afectiva. La *caída* comienza en los centros clandestinos de tortura y detención, donde todas fueron sometidas sistemáticamente a interrogatorios bajo tortura

física y psicológica. “La muerte”—escribe Guglielmucci—“era un horizonte previsible dentro del imaginario revolucionario: la *muerte en combate*, el fusilamiento, la inmolación, etc. Pero, ¿qué militante estaba entrenado para sobrevivir en un *campo*?” (59). Siguiendo las sombras de esta pregunta, Guglielmucci consigue apartarse de otro lugar común, el de la pornografía de la violencia, y provee al lector de elementos para percibir, y en cierta medida comprender, la trasfiguración de lo real que atravesaron esos cuerpos desgarrados. Al mismo tiempo, consigue mostrarnos que el proceso de des-subjetivación no fue total: que un cuerpo que sobrevive es, también, una subjetividad que sobrevive y se reconstruye.

Con este tenor es explorado otro momento clave de la *caída*: los sucesivos *traslados*, de centro en centro clandestino, hasta llegar al *traslado* a una unidad penitenciaria, con la consecuyente ‘legalización’ de las detenidas, ahora devenidas *presas políticas*. Desafiando nuevamente las visiones victimizantes de la memoria oficial sobre terrorismo de Estado, y considerando seriamente aquello que sus propias interlocutoras señalan como significativo, Guglielmucci analiza el espacio del penal no sólo como espacio represivo, sino también como espacio vincular: como lugar de resistencia, un lugar de lucha por *sobrevivir con dignidad*. La autora recupera la dinámica cotidiana del espacio carcelario, donde el tiempo muerto de la reclusión fue transformado en tiempo de acción, y donde el aislamiento promovido por el régimen carcelario fue resistido con el tejido incesante de lazos entre las presas. A través de los relatos, Guglielmucci muestra que estar en la cárcel fue, sobre todo, hacer: hacer para ayudar a la revolución que estaba teniendo lugar afuera; hacer para lidiar con la pérdida y lo perdido; hacer para restablecer la confianza, para restituir vínculos de contención, afecto, y solidaridad; hacer para recuperar la integridad.

A tal punto la dimensión vincular de la experiencia carcelaria fue política y subjetivamente significativa que *los milicos* prohibieron el abrazo entre las reclusas, y que éstas vivieron la obtención de su libertad—en algunos casos durante la propia dictadura, en otros sólo con la apertura democrática, en 1983—como una experiencia inesperadamente angustiante, en la medida que significó el pasaje de una vida colectiva y colectivizada a una vida individualizada que, cada una, a su tiempo y como pudiera, debía rehacer. *Memorias desveladas*

vuelve entonces a desafiar supuestos e ideas establecidas: la 'libertad', ese momento ansiado, anhelado en la propia lectura, irrumpe súbitamente como una nueva encrucijada, una de las instancias más difíciles y desconcertantes de la trayectoria de las *presas políticas*. Guglielmucci toma ese desconcierto y al hacerlo inteligible desvela, una vez más, las fuerzas sociales de las que mana la intensidad de estas (y con ellas, muchas otras) experiencias políticas. En este sentido, el recorrido de la obra concluye con el mismo espíritu que le da inicio, siendo fiel al modo en que sus protagonistas se piensan a sí mismas: como agentes de su historia, una historia donde la militancia, con el cuerpo, con la palabra, está viva.